

EXCESOS DE LA LITERATURA

POR ROGER CAILLOIS

Desconfío del hombre de letras en la medida en que su condición lo aleja de los otros hombres. Sin embargo, es inevitable que se separe de ellos. Si sólo se interesara por la belleza, no habría peligro alguno en su actitud y habría que aplaudir su alejamiento de las cosas humanas, pues ese alejamiento es siempre necesario para crear cualquier obra de arte. Nadie pensaría hacer una distinción entre aquel que congrega las palabras, por una parte, y el músico, el bailarín o el pintor, por otra. Pero precisamente las palabras no son como los colores, los movimientos o los sonidos, que no tienen sentido definido fuera del uso que de ellos hace el artista y que quedan sin significado preciso aun en el orden que el artista les impone. Son en realidad, únicamente, materia de la belleza y la armonía: la perfección que se busca al combinarlos con maestría revela sólo sus cualidades sensibles y una cierta disposición general en que aparece todo un juego sabio de ritmos y números, de simetrías y proporciones. Pero allí nada tiene una significación que la razón pueda expresar. He ahí, de un lado, satisfecha una extrema sensualidad y, de otro lado, un goce en que sólo tiene cabida lo puramente abstracto: formas y relaciones. Las bellas artes presentan así una especie de geometría vestida; colores, sonidos y gestos visten y adornan las figuras; el placer nace de la alianza bien concertada del orden y el atavío. Todo el resto queda por fuera, y puede así admirarse sin reticencia alguna cada milagro estético.

Pero no ocurre lo mismo cuando entran en juego las palabras. Porque las palabras pertenecen al lenguaje por medio del cual se expresa el pensamiento humano, sirviéndole inicialmente de vehículo expresivo. El poeta más hábil no puede dejar a

un lado su significado y tomar únicamente su sonido. Es necesario tomarlo todo al mismo tiempo. De lo contrario, podría formarse la poesía con sílabas sin hilación y con simples series de vocales destinadas únicamente a golpear el oído. Pero esto es locura: seguramente el poeta debe golpear el oído, pero está obligado a hacerlo con las palabras del lenguaje, a las cuales no puede anularles su significado. Y para los otros escritores, es claro que su atención recae ante todo sobre el sentido de las palabras. Para estos últimos, el lenguaje cumple su misión natural. Hablan del hombre y para el hombre, interesándose únicamente en despertar en su inteligencia las nociones que intentan comunicarle. De este modo influyen sobre el hombre; por más discretos que se muestren, siempre se les toma como modelos y se extrae de sus obras toda una serie de consejos. Estos escritores sugieren fatalmente una cierta actitud a quienes los admiran, y no creo que esto les disguste, por más desinteresados que se digan y aunque pretendan ansiar sólo la perfección de su arte. Les encanta que se les apruebe y se les imite, aun en el caso de que prediquen no aprobar ni imitar a nadie. Y estos aplausos y estos contagios tienen notorias consecuencias. En su medida se modifica el mundo. También los escritores son responsables infinitamente, pero de una manera imprecisable. Tienen permiso para aprovechar y esparcir casi todo lo que les llega al espíritu, e incluso se les permite dedicarse a esta hermosa ocupación sin ofrecer garantía de ninguna clase. Serían santos si no abusaran de esto. Por lo demás, nadie pretende exigirles un proceso de santidad, ni aun la menor prueba acerca del derecho que tengan para expresarse como lo hacen. Legislan a su antojo y, en el espejo de sus obras, pueden devolver al hombre su imagen tan deformada como les plazca, sea por inhabilidad, por defecto de vista o por malicia. Más aún, nada impide imaginar que algunos se dedicarán a tratar de corromperlo y a darle, a sabiendas, los peores consejos, ya porque sean perversos o porque tengan simplemente curiosidad del resultado. Curiosidad por el resultado que sus consejos van a producir. ¿Cómo impedirselo? Cada cual reconoce, por su parte, que los escritores están en libertad para usar la pluma a su arbitrio. Los escritores se refugian entonces detrás de la libertad de opinión o tras los privilegios propios del genio, porque no existe escrúpulo que les haga pensar que no tienen el genio y que, por eso mismo,

todo les está permitido. Por otra parte, ¿cómo obligarlos a hablar únicamente de lo que saben? ¿Cómo apreciar su competencia? Su presunción la juzgaría universal. No hay exceso al que no puedan llegar, a menos que ellos mismos pongan un límite a su terrible libertad. Por poco que se presten las circunstancias, todo les impulsa a la incontinencia. La dificultad no tiene, pues, salida.

¿Se dirá que exagero? Que se mire la literatura de estos últimos veinte años. Que se la examine en su conjunto, no en las cimas que los más dotados alcanzaron en ocasiones, aun cuando estos mismos aparecen muchas veces contagiados por el mismo mal. Que se recuerden sobre todo algunas de las extrañas aberraciones que sostuvieron entonces algunas voces, talvez no las más autorizadas, pero sí las más oídas. Me apresuro a consignarlas, antes de que se les olvide o de que la diferencia de los tiempos haga parecer inverosímil el que se las haya formulado con seriedad. Talvez nunca se vieron reunidas tantas doctrinas destinadas a arrebatrar al hombre la conciencia no sólo de sus obligaciones sino también de sus facultades. En verdad, se le urgía para que dejara de lado la conciencia, fuera intelectual o moral.

Un profeta pretendía suministrar la receta del genio: y esta receta consistía en dejar correr la mano sobre el papel, sin guiarla en ningún sentido, obligándola a recomenzar si se detenía. Se pretendía así que, de las profundidades misteriosas donde la conciencia no puede llegar, surgirían inmediatamente, perfectamente formadas, las obras maestras inmortales. Un ilustre director de conciencia reducía la libertad humana a tales actos absurdos cuya noción provenía no sabe uno de dónde, actos que no tienen justificación ni utilidad ni sentido de ninguna clase. El mismo llegó incluso a proponer como ejemplo a un personaje que dejaba al azar el cuidado de decidir en su sitio si debía o no ejecutar el capricho que acababa de cruzar por su espíritu. Todo otro gesto, que tuviera una causa, se reputaba como producto de la esclavitud, y la libertad, que es siempre una victoria bien difícil, se confundía con el vacío y con la fuga precisamente de la decisión reflexiva que la sustenta. He ahí los consejos extremos que entonces podía la gente recibir. Por todas partes se despreciaba la razón y la voluntad, es decir, se abandonaban deliberadamente los dos poderes que dan su valor a las

acciones humanas: el de comprender y el de escoger. Los doctores menos excesivos no eran tampoco mejores profesores de energía y constancia; uno de ellos daba el ejemplo de una retirada absoluta; diríase que los acontecimientos del universo incomodaban a su pensamiento lo mismo que los ruidos de la calle. Espantaba su rumor como lo hubiera hecho con moscas inoportunas. Se hallaba en su más estricto derecho. No se le discute. Pero raras veces se ve a un filósofo emplear aquellos fenómenos en una forma tan decidida y consecuente. Llegó a un punto en que ya sólo se ocupaba de una reflexión que tendía a restringir cada vez más su objetivo, teniendo por ideal no conducir a otra cosa que a sí misma. Otros, es cierto, se volvían con más frecuencia hacia el mundo, pero esto lo hacían para probar todos los placeres que el mundo ofrece, yendo del uno al otro sin posarse jamás. Preconizaban a sus discípulos la necesidad de conservarse siempre infinitamente disponibles, como ellos mismos decían, para la próxima aventura que tentara su sed de novedad. Les recomendaban saciarse en todas las fuentes sin preferir ninguna y no emprender nada que pudiera, más tarde, retenerlos o hacerles sentir un yugo. En una palabra, querían hacerlos versátiles y frívolos. Era lo que entonces llamaban ser libre.

¿De dónde provenía tal concurso de errores igualmente hechos para privar al hombre del sentimiento de su responsabilidad? Sin duda, el siglo es culpable, pero también es culpable el estado mismo del escritor. Uno y otro inclinaban a los autores, ocupados aún más celosamente que de costumbre en los juegos de la inteligencia, a dedicarse a trabajos muy delicados y muy distantes de las preocupaciones vulgares de los mortales. Se confinaban en un retiro cerrado y como acolchado en donde parecía que jamás podrían hacer irrupción la violencia y el rigor de un mundo del cual percibían solamente el bordón en sordina. Llevaban una existencia exenta de peligros y de obligaciones, enteramente lujosa, como su arte mismo; sus audacias más temerarias sólo arrastraban en torno suyo un poco de ruido que causaba más beneficio que perjuicio al que se atrevía a producirlo. Cada cual podía avanzar las más graves proposiciones sin que nada grave siguiera. Podía mostrarse a su gusto indulgente o implacable, tímido o brutal según le viniera en gana, y no había ninguna diferencia; o podía sostener, en fin, no im-

porta qué opinión extravagante o escandalosa sin que se le pidiera cuenta de ello o simplemente sin quedar por esto jamás desacreditado. No hay, pues, nada de sorprendente en aquella ausencia ordinaria de sanción. Se trata sólo de palabras, que no tienen sino consecuencias difusas y lejanas y a las cuales, además, resta casi toda virtud eficaz la extrema facilidad con que se les puede producir. ¿Condiciones eternas del oficio de escritor? Sin duda. La época no hacía otra cosa que exagerar los resultados.

Por otra parte, es necesario reconocer que en el mismo tiempo la literatura había alcanzado un grado de sutileza extraordinario. Talvez nunca el estudio de los movimientos del alma había sido llevado más adelante. El hombre se apoderó de las emociones más raras, más fugitivas y más delicadas. Se las exageraba, se las dividía según el capricho, de cada una se hacía surgir un mundo que se describía en seguida con una abundancia sorprendente de detalles. Se descendía de preferencia a los estados inferiores de la conciencia, allí donde se aglutina y hierve todo el mundo de los fantasmas confusos y ávidos que cada hombre mantiene en su abismo original, aunque se niegue a convertirse en presa suya y aunque alimente pequeñas ambiciones. Pero los novelistas gustaban de presentar personajes que evocaban con complacencia aquellos espectros lívidos y que, lejos de hacerlos retroceder en sus tinieblas, se apresuraban a abdicar, para convertirse en su juguete dócil y desgraciado, de toda dignidad, razón y valor. Parecía que hubieran tomado en préstamo a los médicos sus enfermos y sus locos. Se habría dicho, a veces, que no conocían otra humanidad. Sin duda, sus observaciones no eran improcedentes ni vanas cuando estaban guiadas con inteligencia. Proyectaban aquí y allá vivas luces sobre la fuerza del medio, de la costumbre, del recuerdo, del instinto, y no sé cuántas cosas más. Pero estas fuerzas son todas de aquellas que conspiran contra la fuerza del hombre. Para él, constituyen otras tantas fuerzas de inercia que pesan sobre su voluntad. Ninguna de ellas deja de excusar, de explicar o de justificar su debilidad. Todas tienden a aflojar su energía. Pronto, cediendo insensiblemente, privado de la única fuerza que en él mismo se torna hacia el porvenir y es capaz de formarle un poco siguiendo una esperanza nueva, aquel conquistador se convierte en un despojo que deriva, dócil, a la menor corriente. Cual-

quiera que fuese la causa de ello, aquel hombre casi no recibía entonces del arte otra imagen de sí mismo. Ese arte no le suministraba quizá otras imágenes tampoco.

El arte, que es rey, que es dios, que no conoce obstáculos para su creación distintos de los que él mismo se inventa, pintaba así tristes héroes que se complacían sin cesar en el estudio de su larga decadencia. Tristes modelos, sin duda, pero dignos retratos de aquellos que los habían concebido o que se deleitaban en el proceso de su corrupción, escritores o lectores ateadidos u ociosos, todos así inclinados sobre una vida interior inagotable y vana, falta sin duda de enfrentarse a cualquiera otra cosa que valiera en realidad la pena de ser tratada.

Era un extraño espectáculo, pero que la costumbre había vuelto natural, éste de toda una literatura ocupada en pintar la debilidad y las excusas de la debilidad. Pintar la debilidad, es decir poco realmente, pues esa literatura hacía su elogio, en términos expresos o, al menos, tácitamente, no viendo otra cosa que, en su parecer, mereciera más su atención. El escritor no parecía tener otro fin que relatar de cien maneras diferentes la historia de la disolución de la energía, presentándola degradada en una multitud de veleidades estériles. La mostraba expuesta y sucumbiendo sin combate a toda suerte de tentaciones deshonrosas. Esa pintura se tenía como exacta y profunda en la medida en que descubría en las acciones del hombre motivos bajos o absurdos o fútiles. Creeríase que la ausencia de razón, de grandeza, o de dibujo firme, más aún que su presencia, era signo de humanidad. Tal fue el exceso a donde se llegó muy comúnmente.

* * *

Exceso que, en realidad, no se puede registrar en ese grado. ¿Pero quién aseguraría que ese exceso no corresponde a una tentación constante de la profesión literaria? La causa es que el escritor sólo se ocupa de escribir y que no comparte los cuidados de los otros hombres. Lo que cuenta es su obra, no su vida, que él no vacila en reducir, si puede hacerlo, a lo indispensable, a la sola conservación del cuerpo, y a una serie de acciones maquinales que, finalmente, no requieren su atención. Con frecuencia, no tiene siquiera necesidad de ir en busca de su subsistencia. A ello provee una renta o un oficio que, ordinariamente, no exige ni mucha invención ni gran acervo de energía, redu-

ciéndose a gestos habituales que se ejecutan casi sin pensar en ellos. No hay que sorprenderse, pues, de que el escritor, en esas condiciones, languidezca y, por así decir, se marchite, pierda todo resorte, se complazca en observarse y no sepa qué monstruo invocar para distraer su tedio. Así, pues, esta literatura reciente no es un accidente: representa la conclusión fatal de toda literatura entregada a sí misma. En cierto sentido, ella es la más fiel de todas a un cierto carácter esencial de la literatura. Esa literatura era la que debía producir necesariamente un autor que no fuese sino autor y que no se sintiera reclamado sino por las palabras. Ese escritor acabó por alabar su estado, como es claro, y por acomodarse a su propia impotencia. Al mismo tiempo, ese escritor se hace en sus palabras cada vez más temerario y ligero: esas palabras a nada le obligan. Y hélo ahí tanto más capaz de predicar no importa qué locura en sus discursos cuanto más incapaz se ha convertido, en su conducta, para afrontar la menor prueba o para llegar hasta el fin del menor obstáculo. Es el perfecto hombre de letras: hombre de palabras.

Por lo demás, es ciertamente justo que se esforzaran por hacer a un lado pruebas y obstáculos aquellas personas que habían decidido consagrarse únicamente a los trabajos de la literatura. Es obvio que tales personas tienen necesidad de tranquilidad y serenidad. Quiero solamente decir que una reserva de tal clase no carece de inconvenientes, que tiene inclusive algunos muy importantes, que el escritor debería esforzarse en disminuir en lugar de acrecentar voluntariamente sus consecuencias desastrosas. Imagino ahora un hombre acostumbrado a sufrir rigurosamente los golpes de la mala suerte y que un oficio penoso o una existencia aventurera exponen continuamente a los más grandes peligros. La urgencia de una acción que no sufra error ni capricho es la ruda escuela en que el hombre puede aprender el orden de importancia de las cosas. La necesidad de todas las virtudes le aparece entonces claramente, teniendo muchas ocasiones para ver a qué responden. Sabe que el hombre puede todavía raspar en el fondo de sí mismo un último resto de energía, que le salva a veces en el momento en que, creyéndose en el límite de sus fuerzas, aspira sólo a ceder al destino. Sabe muchas otras cosas del mismo género. Este hombre resuelve escribir. Ocurre que es un gran escritor. Podría citar muchos ejemplos. Este escritor no inventa nada o inventa lo menos po-

sible. Más bien, transpone. Sólo busca comunicar una experiencia. No ignoro que su obra sólo valdrá en razón de su talento. Pero cómo no conceder más crédito a un testimonio de tal clase que a las ficciones inciertas de un novelista? Este hombre posee los títulos que yo exigía ahora y cuya ausencia, dígame lo que se quiera, no deja de indisponer a veces contra la literatura. No ha vivido ajeno a la miseria del gran rebaño. Por el contrario, ha recibido su buena parte. Por eso merece que se confíe en él y que el lector comprenda que no está hablando en el vacío, abusando del privilegio que tiene de pagar en palabras. (1)

(1) La traducción de estas páginas al castellano ha sido hecha por el señor Andrés Holguín.